

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

## La perspectiva inmediata de cambio en Nicaragua [The immediate prospect of change in Nicaragua]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Ramírez, Sergio
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-05-18 20:13:39
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/222176">http://hdl.handle.net/20.500.12424/222176</a>

# ***La perspectiva inmediata de cambio en Nicaragua***<sup>\*</sup>

**Sergio Ramírez**

Tras casi medio siglo de oscuro dominio sobre Nicaragua, la dictadura somocista ha entrado en la agonía de su crisis final. La insurgencia popular que llegó a su más dramático nivel en septiembre de 1978 y las continuadas y eficaces acciones del Frente Sandinista de Liberación Nacional, han puesto a la dictadura en una situación de defensiva fatal y su deterioro se presenta como irreversible: el aislamiento del régimen frente a la casi totalidad de las fuerzas sociales internas; el resquebrajamiento de la economía nacional, en situación de bancarrota; y el aislamiento cada vez mayor de la dictadura en el contexto de la comunidad internacional, son factores que vuelven irreversible esta crisis y dan a la lucha armada un papel crucial, y al proyecto político del Frente Sandinista de organizar un gobierno de reconstrucción nacional, con participación de todas las fuerzas democráticas, el sentido de una verdadera alternativa nacional.

Esta agonía es más lenta, porque el gobierno de los Estados Unidos, que creó la dictadura en 1933, aún la sostiene y trata de evitar su último aliento, mientras no encuentre los sustitutos adecuados a sus intereses; y porque la Guardia Nacional de Nicaragua, también creada por los Estados Unidos, aún obedece ciegamente a la dictadura.

Para los nicaragüenses empeñados en conseguir un cambio democrático, a toda costa, esta es una cuestión de tiempo: los Estados Unidos podrán seguir sosteniendo el cadáver de la dictadura hasta que se le pudra en los brazos, pero el cambio se dará, pese a la ceguera crónica del gobierno norteamericano; y la Guardia Nacional, compuesta por soldados nicaragüenses, pese a los esfuerzos que el somocismo y los Estados Unidos mismos han hecho para alienarlos como extranjeros ocupando su propia patria, va a partirse, y muchos guardias nacionales honestos se pondrán del lado de la causa popular.

Una vez derrocada la dictadura y barrida desde sus cimientos para que no pueda retoñar nunca más, entraremos en la tarea de construir un gobierno provisional, de reconstrucción nacional, verdaderamente democrático, vigilante de los intereses populares, de la soberanía nacional y de nuestros recursos naturales, deseoso de levantar a nuestro país de la postración a que el filibusterismo, las ocupaciones extranjeras y la dictadura lo han sometido; deseosos de que aún

---

\* Trabajo presentado en el "Seminario Internacional de Solidaridad con Nicaragua", realizado del 23 de abril al 5 de mayo de 1979 en el Campus de CEDAL, en Santa Bárbara de Heredia, Costa Rica, auspiciado por la Fundación Friedrich Ebert, de la República Federal de Alemania, Centro de Estudios Democráticos de América Latina y Partido Liberación Nacional, de Costa Rica.

siendo un país pequeño podamos ser respetados, y sobre todo, de que estos cambios profundos que preparamos, y que nuestro pueblo abona con su sangre en las calles y en las montañas, no nos hagan víctimas de la hostilidad de los Estados Unidos. Pese a tantos años de humillaciones e imposiciones, el pueblo de Nicaragua no hará pesar más el rencor, que el entendimiento, cuando organice su gobierno legítimo.

Pero sería más fácil, y menos vergonzoso para el gobierno norteamericano, abandonar ahora mismo a su suerte a Somoza, que sostenerlo hasta el último aliento de su régimen tan corrompido y sanguinario; corrompido no por exageración retórica, sino porque consta a los propios auditores que la US/AID ha enviado a Nicaragua a examinar las cuentas somocistas de inversión de préstamos internacionales y porque consta a la comunidad financiera internacional la forma en que se han evaporado más de 700 millones de dólares aportados al país después del terremoto que destruyó la ciudad de Managua en 1972: Managua es la ciudad en ruinas más costosa del mundo.

Y sanguinario no por exaltación de los opositores del régimen, ni por lo que algunos congresistas norteamericanos creen los efectos de una fantasía tropical, típica del subdesarrollo, sino porque consta en el informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA. En ese informe se prueba que durante los meses de septiembre y octubre de 1978, se cometió en Nicaragua uno de los más bárbaros genocidios que recuerda la historia de América Latina, documentado en las 80 páginas de que consta el informe, a través de casos relatados por familiares de las víctimas y por testigos presenciales. Sin embargo, este informe ha sido archivado en los antros de documentos inútiles de las oficinas de la OEA en Washington, pese a toda la sangre que rezuma, y a todo el dolor y el horror que hay en sus folios; y la Secretaría de Estado ha dicho oficialmente que le fue imposible a la administración Carter conseguir los votos necesarios entre los miembros de la OEA, para llevar este informe al conocimiento de la Asamblea General.

Nosotros hemos hablado con los presidentes de Costa Rica, Panamá, Colombia, México, Venezuela, y con representantes de los gobiernos de República Dominicana, Jamaica, Barbados, y estos países estaban dispuestos a que se aplicaran al régimen de Somoza las sanciones que se derivaban de este informe, por la masiva violación a los derechos humanos. Y ese informe decía más. Decía, en sus conclusiones, que no se trataba de aplicar correctivos al caso de Nicaragua, sanciones a oficiales de la Guardia Nacional, o a jefes de patrullas, o a funcionarios civiles. Se trataba de la necesidad inmediata de un cambio total de sistema en Nicaragua.

Sin embargo, Estados Unidos anuncia que no pudo reunir los votos suficientes para sancionar a Somoza, lo cual confirma que la balanza de la OEA se inclina hacia los regímenes represivos que encarcelan y asesinan ciudadanos, hacia los regímenes que nutren día tras día las listas de desaparecidos y torturados; y estos

son los países cuyos votos pesan más en la balanza de la OEA. Pesa más un voto de Haití que un voto de Costa Rica; pesa más un voto de Chile que un voto de Venezuela; pesa más un voto de Paraguay que un voto de México. Y los Estados Unidos declaran que no pueden hacer nada, porque se trata de países que deciden por sí solos, son países libres de decidir su fraternidad macabra, Pinochet libre de apoyar a Somoza, Stroessner libre de apoyar a Somoza, Baby Doc Duvalier, libre de apoyar a Somoza. Y las otras folclóricas dictaduras militares centroamericanas, que asesinan sacerdotes en El Salvador y que asesinan a los líderes democráticos en Guatemala, también libres de apoyar a Somoza, no sólo con votos, sino también con balas, porque para eso existe el CONDECA, el Consejo de Defensa Centroamericano, un instrumento represivo regional creado y organizado por los Estados Unidos.

Cuando la Secretaría de Estado anuncia que la OEA no puede sancionar a Somoza, porque no se reunieron los votos suficientes, el pueblo de Nicaragua no puede creerle a los Estados Unidos. Es imposible creer que Estados Unidos no pueda obtener un voto del general Lucas, de Guatemala, ni del general Romero, de El Salvador, presidentes impuestos fraudulentamente con el consentimiento de los Estados Unidos, y que no se avergüenzan de su sumisión a los dictados de Estados Unidos, sino que hacen gala de ella. Es irrisorio que la Secretaría de Estado descubra que existe el principio de autodeterminación, sólo cuando se trata de sancionar a Somoza.

Los nicaragüenses realmente creemos que mantener a la dictadura somocista por casi medio siglo, a través de apoyo diplomático, de préstamo, de ayuda militar, como lo han hecho los Estados Unidos sin el menor rubor, ha sido una forma explícita de conspirar contra el derecho de autodeterminación del pueblo nicaragüense. Creemos que ponerse del lado de los países de la OEA que tienen regímenes retrógrados para no sancionar a Somoza, es una forma embozada de conspirar contra nuestro derecho de autodeterminación. Y que maniobrar internamente en Nicaragua para buscar formas alternativas al somocismo, que se acomoden a los intereses norteamericanos, y alegar que mientras no se encuentren los sustitutos adecuados no se puede quitar todo el apoyo a Somoza, es una forma de intervención; y que consentir en que el gobierno de Israel arme a Somoza y le supla constantemente tanques, aviones, ametralladoras, fusiles, bajo el pretexto, expresado oficialmente por la Secretaría de Estado en noviembre de 1978 a través del señor Hodyn Carter, de que Somoza tiene derecho a defenderse, y que estando los Estados Unidos interesados en una solución pacífica en Nicaragua, no pueden permitir que Somoza sea derrocado violentamente, es una forma poco pudorosa de intervención en los asuntos internos de Nicaragua.

La OEA ya estaba bastante desprestigiada en Nicaragua. Los nicaragüenses vemos a la OEA como un foro decimonónico, un salón iluminado con arañas fastuosas donde el embajador de la dinastía, Mr. Sevilla Sacasa, hace gala de su oratoria trasnochada y ensalza la democracia somocista como la cumbre más augusta de la perfección política en el mundo. Los nicaragüenses nos

preguntamos qué ha sido más abundante, si el champaña de los eternos brindis de Sevilla Sacasa, o la sangre de nuestros compatriotas vertida por el somocismo. Ahora, después de haber enterrado el informe oficial sobre el genocidio, la OEA no merece ningún crédito en Nicaragua, y un gobierno legítimo, un nuevo gobierno verdaderamente democrático en Nicaragua, va a tener el derecho de preguntarse cuál es su papel de país digno en un recinto ciego y sordo como la OEA y si al enterrar para siempre al somocismo y a Sevilla Sacasa con todas sus condecoraciones ensangrentadas, no tendrá también que enterrar sus recuerdos de la OEA.

Y para ser absolutamente sinceros, digamos que el pueblo de Nicaragua tampoco tiene razones para creer en la política de derechos humanos del presidente Carter; que no tenemos otra manera de verla que como una despiadada excrecencia de un viejo imperialismo del cual hemos sido víctimas seculares.

El pueblo de Nicaragua no es anti-imperialista por asimilación retórica. A lo largo de nuestra historia hemos probado amargamente los frutos de la intervención en nuestro suelo, con nuestra sangre, desde los tiempos del Comodoro Vanderbilt, patriarca del capitalismo moderno que afiló sus garras en nuestro territorio con su Compañía Accesorio del Tránsito a mitad del siglo XIX, el primero de los empresarios norteamericanos que convirtió en un sueño de expansión imperial la más triste de nuestras desgracias, el ser dueños de un territorio por el que podía abrirse una ruta canalera. Y nos cobraron también un precio por los sueños esclavistas de William Walker, empeñado en extender el cono de sombra política del nocturno sur norteamericano hasta la tierra de promisión que para el expansionismo a marcha forzada era Nicaragua, víctimas ahora y entonces del destino manifiesto vestido de luto, y bajo el luto, las fieras garras de conquista que nos fueron mostradas, y clavadas, otra vez en 1912, y otra vez en 1925 a través de las ocupaciones de la marina de guerra, un ensañamiento total para acabar con nuestra nacionalidad, para ponernos bajo la soberanía de Brown Brothers and Co. y bajo las banderas del Morgen Trust Co.

Pero resistimos. Los bergantines del Comodoro Vanderbilt se pudrieron en las aguas del río San Juan y los filibusteros de William Walker desbandaron sus sueños de conquista ante el empuje victorioso de los soldados centroamericanos. Walker fue el primer presidente norteamericano que se nos impuso a los nicaragüenses. Anastasio Somoza será, seguramente, el último.

Y la ocupación militar norteamericana produjo en Nicaragua, en 1927, una verdadera guerra de liberación nacional, en la que un puñado de campesinos, artesanos, mineros, luchó por devolver al país su soberanía, por afirmar la nacionalidad puesta en peligro de muerte por la intervención. Pero la guerra conducida por el general Sandino, pese a la traición que puso fin a su gesta, enseñó a los nicaragüenses algo más: a pelear con las armas del futuro. La guerra del general Sandino no terminó en 1934 con su asesinato. La alternativa nacional verdadera, la alternativa del pueblo, que es la alternativa sandinista, no fue

descabezada en aquel tiempo. Echó raíces, entonces, porque enterrar a Sandino fue como enterrar una semilla, según las palabras de nuestro poeta nacional Ernesto Cardenal.

El pueblo guardó sus fuerzas, guardó su amor, soportó medio siglo de tiranía y ahora es el único capaz de cargar sus armas de futuro. Lo demás, es el pasado. El somocismo va entrando al territorio del pasado con toda su carga de muerte. Y esa fórmula mágica de las paralelas históricas, sostenida por los Estados Unidos como la más anquilosada forma de intervención en los asuntos de Nicaragua entra ya también al territorio del pasado. Aún ahora, los taumaturgos de la Secretaria de Estado pueden creer que la vieja fórmula mágica va a dar resultado otra vez: si no los liberales, los conservadores: restaurar, por ejemplo, el Partido Conservador en el poder. Es decir, sustituir al pasado por el pasado, o por el antepasado. Una guerra a muerte con el futuro, que son los jóvenes, a la cabeza de su pueblo.

Porque la intervención norteamericana, mantenida a lo largo de todo este tiempo, no sólo liquidó toda forma de participación política civil, sino que dejó toda la participación política en manos de la dictadura. Erigió a la familia Somoza con un poder absoluto. Dejó a la familia Somoza enriquecerse impudicamente, acaparar la tierra, erigir monopolios, adueñarse de las industrias, de la banca, de los seguros, del transporte, de la producción de alimentos, hasta del comercio con la sal y la sangre; estimuló a la familia Somoza para convertir al ejército de ocupación que era la Guardia Nacional, además, en una guardia pretoriana. Y los Estados Unidos han bendecido los golpes de estado, los fraudes electorales, los pactos políticos, la corrupción de la Constitución y las leyes.

Y cuando suenan esas trompetas redentoras de la política de derechos humanos del presidente Carter, ¿qué sucede?

Los Estados Unidos no pueden deshacer sus amarres con la dictadura, no pueden zafarse de su abrazo. Entonces, prefieren enfrentar junto con el somocismo al pueblo de Nicaragua. Prefieren aislarse junto con el somocismo frente a todos los sectores del país, empresarios, comerciantes, agricultores, profesionales, estudiantes, obreros, campesinos. Porque en Nicaragua no hay más que una escogencia. O se protege a Somoza, velada o abiertamente, se ocultan sus crímenes, se le dispensan favores; o se deja al pueblo de Nicaragua resolver solo su destino, ser dueño de su destino, que es la única forma de no intervención en los asuntos de Nicaragua que existe. Todo lo demás es intervención.

Pero, por el contrario, con el más candoroso, o artero paternalismo, los Estados Unidos alegan que no pueden permitir que exista un vacío de poder en Nicaragua, que están obligados a participar en la selección de una alternativa política para Nicaragua en sustitución del somocismo, en el caso de que les sea imposible seguir sosteniendo al somocismo. Esa fue la tesis central por medio de la cual se condujo el proceso de mediación a finales del año pasado, y si ese

proceso de mediación fue un rotundo fracaso para la política exterior norteamericana, se debió precisamente a la profunda desconfianza del pueblo de Nicaragua. Porque es difícil creer que si durante medio siglo los Estados Unidos han hecho posible la existencia de una tiranía, criminal e inhumana, de pronto va a hacer posible un régimen democrático, respetuoso de los derechos de los nicaragüenses. De una intervención semejante, el pueblo de Nicaragua sólo puede esperar, con base en su experiencia, una nueva tiranía, una nueva forma de opresión, disfrazada o franca, un somocismo sin Somoza. No puede esperar otra cosa, es imposible pedirle confianza a un pueblo ultrajado y oprimido. Por eso, el pueblo de Nicaragua, el único gesto de buena voluntad que puede esperar del gobierno de Estados Unidos, es que no intervenga. Que efectivamente no intervenga. Y esa va a ser la única manera de garantizarnos la transición hacia un régimen democrático, el derrocamiento de la dictadura y la oportunidad que nunca se nos ha dejado, de construir una nueva Nicaragua. No una nueva Cuba, sino una nueva Nicaragua.

Porque aparentemente existe el terror, entre la burocracia de la Secretaría de Estado y algunos sectores del Congreso y de la opinión pública norteamericana, de que en Nicaragua va a prosperar lo que en el buen lenguaje macartiano se llama un régimen comunista. Es decir, un régimen que va a poner en peligro la seguridad hemisférica, que va a atentar contra la seguridad de los Estados Unidos, que se va a deslizar hacia un bloque político mundial, hostil a los Estados Unidos. Y en nombre de todos estos viejos fantasmas, sacándolos del **closet**, se quiere detener un proceso de cambio en Nicaragua, un proceso de cambio que es la única manera de garantizar los derechos humanos de los nicaragüenses; no sólo el derecho que tienen a la vida, sino a una vida digna, a la alimentación, a la salud, a la educación, a la cultura, derechos que les han sido negados por medio siglo de somocismo inhumano.

Pero quizás el verdadero temor no sea tanto a la posibilidad de tener en Centroamérica un régimen hostil, sino a no tener un régimen servil. Porque realmente, pensar que un nuevo gobierno democrático en Nicaragua va a ser hostil a los Estados Unidos, es una fantasía alevosa. Mas pensar que un nuevo gobierno realmente representativo en Nicaragua, va a reclamar relaciones dignas con los países más poderosos, relaciones de respeto mutuo, unas relaciones en donde el paternalismo y las formas rebajantes de la intervención y la sumisión no podrán tener cabida, sí es pensar correctamente: nunca más volverá a haber en Nicaragua Adolfo Díaz, Emiliano Chamorro, José María Moncadas, Anastasio Somoza en el poder. Nunca podrá volver a negociarse con la soberanía. Y esta perspectiva no tendría por qué alarmar a los norteamericanos.

Tampoco los Estados Unidos tienen por qué temer a expropiaciones masivas de sus inversiones en Nicaragua. Los intereses económicos norteamericanos son secundarios a los de Somoza en Nicaragua, y su tasa de inversión es la más baja de Centroamérica. Somoza es dueño del 23% de toda la tierra cultivable del país, y sus empresas producen cerca del 35% de todos los bienes y servicios de

Nicaragua. Tratándose de bienes malhabidos, adquiridos con base en las exacciones, los fraudes, la evasión de impuestos, el dolo, la rapiña, es lógico que un nuevo gobierno democrático vaya a expropiar todos esos intereses, para constituir un sector público de la economía que genere bienestar para los desposeídos, que genere trabajo, salarios, y que las utilidades se reviertan en escuelas, hospitales, centros de recreación; un sector público de empresas que se desarrolle paralelo a un sector privado de empresas.

Nadie piensa en Nicaragua que en el futuro el país no necesitará de capitalización interna, que no necesitará de un programa de inversiones externas, que no necesitará de una transferencia tecnológica ordenada. Nicaragua no va a aislarse de su contexto geopolítico, no va a renunciar a sus fronteras. Sólo aspiramos a la dignidad, a la integridad, al respeto internacional.

Quizás los Estados Unidos deberían aprender a no temer a los fantasmas de sus errores, que son los únicos fantasmas capaces de acechar las nuevas relaciones que tendrán que darse necesariamente, entre un país débil como el nuestro, y un país poderoso como éste. En Nicaragua va a darse un cambio, quiéranlo o no los Estados Unidos, y lo mejor sería que el gobierno norteamericano se preparara para ese cambio, se preparara para enfrentar sus relaciones con un país sin Somoza, ni somocismo, ni corrupción, ni crímenes, ni fraudes electorales; y sin sumisión, ni entregas, ni servilismo.

Y la mejor forma de prepararse para esos nuevos tiempos, porque el futuro es ya en Nicaragua, es aceptar ciertos hechos que estarán de por medio en esas relaciones. Porque no ver semejantes verdades, será apartarse del curso de la realidad y repetir con poca sabiduría los errores del pasado, que no harán sino martirizar esas relaciones:

1. El sandinismo es la corriente política que representa los intereses mayoritarios del pueblo nicaragüense. El pueblo nicaragüense no es sandinista sólo por la circunstancia de estar en guerra contra el somocismo, sino porque el sandinismo encarna los valores de la nación, la independencia, la soberanía, la justicia, la democracia real.
2. El Frente Sandinista de Liberación Nacional es una fuerza política y militar seria y responsable, que encabeza la lucha contra la dictadura y está dispuesto a respaldar una salida política congruente, como alternativa frente al derrocamiento del régimen. La unidad orgánica y programática del Frente Sandinista, conseguida hace pocas semanas es la mejor garantía de esta alternativa.
3. Esta alternativa inmediata y concreta, consiste en la organización de un GOBIERNO DE RECONSTRUCCION NACIONAL, en el cual deben participar todas las fuerzas democráticas del país, en lucha contra la dictadura. Este gobierno de carácter provisional, tendrá a la cabeza al Frente Patriótico Nacional,

una coalición de partidos democráticos, sindicatos y gremios; y contará con la participación efectiva de todas las otras fuerzas y coaliciones políticas de Nicaragua: el Frente Amplio Opositor, etc. El Grupo de los Doce, que forma parte del Frente Patriótico, tendrá una participación relevante en la organización del gobierno provisional.

4. El gobierno de RECONSTRUCCION NACIONAL realizará el programa de reivindicaciones democráticas del Frente Patriótico, que conducen hacia la organización de un Estado democrático de justicia social. Este gobierno desmocratizará al ejército, dándole una estructura y un contenido profesional y democrático; luchará por devolver la confianza a todos los sectores del país, por estimular las inversiones, por crear fuentes de trabajo y por impulsar la reforma agraria con base en las tierras expropiadas a Somoza, y por lograr avances en la educación, la salud, la vivienda y el desarrollo económico ordenado.

5. Sin el Frente Sandinista, no puede haber paz en Nicaragua. Sólo el Frente Sandinista puede garantizar la paz del país, el orden y la tranquilidad necesarios para organizar un nuevo gobierno democrático. Cualquier intento de golpe de estado, o transición por medio de pactos, o componendas con base en reformas constitucionales, es decir, los cambios que no cambien nada, sólo agudizarán las condiciones de la guerra en el país, que se seguirá destruyendo.

Esta es una oportunidad de no ser hostil a la perspectiva de un cambio verdadero en Nicaragua. En el pasado reciente los Estados Unidos han perseverado en su hostilidad a los cambios políticos y se han aferrado a los fantasmas del pasado. Este es el momento de darle a un país pobre y débil, la oportunidad de construir su propio destino, de decidir su propia suerte. Una oportunidad quizás única, porque tal vez en Nicaragua se está decidiendo la suerte de la democracia en América Latina, la suerte de la verdadera participación popular en el cambio social.

"Si el pueblo norteamericano no se hubiera embotado para la justicia y para los elementales derechos de la humanidad, le dijo el general Sandino al periodista Carleton Beals, en 1928, en su Cuartel General de San Rafael del Norte, no olvidaría tan fácilmente su pasado cuando un puñado de soldados harapientos marchó a través de la nieve, dejando huellas sangrientas tras de sí, para ganar la libertad y la independencia. Si sus conciencias no se hubieran endurecido por el enriquecimiento material, los americanos no olvidarían tan fácilmente que una nación, tarde o temprano, por débil que sea, obtiene su libertad, y que cada abuso del poder apresura la destrucción del mismo que lo dirige".

Más que del gobierno norteamericano, cuyos intereses tantas veces no son los del pueblo norteamericano, los nicaragüenses esperamos que sea el pueblo el que se ponga de nuestro lado en este momento crucial de nuestra historia. El pueblo norteamericano debe estar con nosotros en este momento de nuestra historia, y empujar a su gobierno, al gobierno del presidente Carter, a ser justo con nosotros

por una vez en la vida. A respetar nuestro derecho a la libertad y a la justicia, que nos hemos ganado con la sangre.